Pensar desde el paisaje



POR ARANTZA IRIARTE
SOCIA EN LOCAL4 ARQUITECTURA DEL PAISAJE

EL PAISAJE COMO CAMPO POLÍTICO Y CULTURAL

El paisaje se transforma por sí mismo y también nos transforma. No es una imagen ni un recurso ornamental, sino un campo político, cultural y territorial en el que se definen formas de vida, relaciones de poder y territorios que se reconocen, se transforman o desaparecen.

Por eso, el paisajista no debería limitarse a resolver la apariencia de los espacios urbanos o a incorporar vegetación. Su trabajo consiste también en intervenir sobre las relaciones entre naturaleza, ciudad y sociedad. El paisaje no es el resultado decorativo de un proyecto: forma parte de sus objetivos, de sus límites y de sus consecuencias.

Frente a su instrumentalización como recurso legitimador, debe conservar su capacidad crítica. No debería utilizarse para suavizar intervenciones ya decididas ni para ocultar sus efectos territoriales y sociales.

Los catálogos del paisaje pueden reconocer valores y documentar transformaciones, pero el paisaje no debería entenderse como algo que necesariamente hay que proteger o inmovilizar. Está vivo porque cambia. Preservarlo no significa congelarlo, sino sostener las relaciones sociales, ecológicas y culturales que lo mantienen vivo.

El paisaje no es el resultado decorativo de un proyecto: forma parte de sus objetivos, de sus límites y de sus consecuencias

Reivindicar el paisaje urbano significa reconocerlo como un espacio de disputa y de responsabilidad colectiva. No debe ocultar las contradicciones de la ciudad, sino hacerlas visibles para poder intervenir sobre ellas y disputar su futuro.

PAISAJE, PERTENENCIA Y CAPACIDAD DE LECTURA

Cada decisión sobre el paisaje contiene una determinada idea de ciudadano. Un espacio completamente programado supone que sabemos de antemano qué debe ocurrir en él. Uno que elimina toda fricción trata la diferencia como un problema que debe corregirse. Otro que borra sus huellas considera el pasado un obstáculo para construir el futuro. Y uno idéntico a muchos otros lugares da a entender que las particularidades del sitio carecen de importancia.

OPINIÓN / ARANTZA IRIARTE

Todo eso tiene consecuencias sobre quienes lo habitan, porque también nos educamos a través del entorno. Aprendemos qué merece ser conservado y qué puede desaparecer, qué comportamientos son aceptables, qué diferencias tienen cabida, qué lugares reconocemos como propios y cuáles simplemente consumimos.

Un paisaje puede estimular la curiosidad o producir indiferencia. Puede obligarnos a interpretar o dárnoslo todo resuelto. Puede mostrar las contradicciones de una sociedad o esconderlas detrás de una imagen impecable.

Cuando los lugares empiezan a hablar el mismo lenguaje, perdemos capacidad de lectura. Cada vez tenemos menos necesidad de preguntarnos dónde estamos, por qué ese sitio es así, qué ocurrió allí y qué decisiones lo han llevado hasta el presente. Al dejar de formular esas preguntas, también disminuye nuestra capacidad para cuestionar aquello que se nos presenta como inevitable.

Reivindicar el paisaje urbano significa reconocerlo como un espacio de disputa y de responsabilidad colectiva

Las ciudades contemporáneas parecen empeñadas en parecerse unas a otras, como si existiera un modelo universal de ciudad atractiva. Mi oposición se dirige contra lo genérico: contra la intervención que podría estar en cualquier sitio porque no necesita conocer el lugar en el que está.

Una intervención contemporánea puede ser radical, incluso provocadora. No tiene por qué imitar lo existente ni quedar sometida a la nostalgia. Pero debería dialogar con las huellas físicas y culturales del sitio, en vez de sustituirlas por una imagen urbana intercambiable, válida para Bilbao, Barcelona, Copenhague o cualquier otra ciudad

El paisaje urbano nos cuenta de dónde venimos, qué hemos construido, qué hemos destruido y qué decisiones han dado forma al espacio que habitamos. La cuestión no es impedir la transformación, sino permitir que nazca de aquello que ya es.

EL PAISAJE COMO FORMACIÓN DE CIUDADANÍA

El paisaje puede producir individuos más atentos o más indiferentes; más capaces de interpretar o más acostumbrados a aceptar; más conscientes de las diferencias o más habituados a la uniformidad. No determina quiénes somos, pero participa en la construcción de aquello que podemos llegar a ser.

Por eso, transformar el paisaje es una responsabilidad mucho mayor que colocar objetos, plantar árboles o reorganizar circulaciones. Cada intervención introduce una determinada relación entre el individuo y su entorno. Puede reforzar los vínculos con el lugar o debilitarlos; abrir posibilidades o cerrarlas; admitir la contradicción o neutralizarla; dejar margen para la apropiación o convertir al ciudadano en un mero consumidor.

Quizá la pregunta que deberíamos hacernos antes de transformar una ciudad no sea solamente «¿qué aspecto queremos que tenga?», sino «¿qué tipo de personas queremos que pueda producir este lugar?».

Personas capaces de mirar, comparar, disentir, reconocer una contradicción, apropiarse de un espacio y cuestionar aquello que se presenta como normal. Personas capaces de entender que el lugar en el que viven no es inevitable, sino el resultado de decisiones humanas y, por tanto, algo que también pueden discutir y transformar.

PROBLEMAS GLOBALES Y RESPUESTAS PARTICULARES

Esta defensa de las particularidades de cada lugar no implica rechazar los desafíos contemporáneos. Los retos son evidentes: cambio climático y adaptación a fenómenos extremos, descarbonización, pérdida de biodiversidad, renaturalización urbana, movilidad sostenible, acceso a la vivienda, desigualdad y segregación espacial, inclusión y accesibilidad, salud, gestión del agua, economía circular, digitalización y resiliencia frente a crisis económicas, ambientales o sociales.

Las ciudades contemporáneas parecen empeñadas en parecerse unas a otras, como si existiera un modelo universal de ciudad atractiva

Sobre la resiliencia, por cierto, tampoco existe un consenso claro acerca de qué significa exactamente. Y eso resulta interesante.

La pregunta es: ¿en qué momento un problema común deja de generar respuestas particulares y empieza a producir soluciones intercambiables?

Que un reto sea global no significa que la respuesta tenga que ser idéntica en todas partes. No pretendo establecer cómo debe ser la ciudad contemporánea ni ofrecer una respuesta única a sus desafíos. Al contrario, pretendo cuestionar la tendencia, cada vez más extendida, a pensar que existe una única manera correcta de entender y transformar la ciudad.

El problema empieza cuando conceptos como sostenibilidad, inclusión, bienestar o resiliencia dejan de ser objetivos que discutir y pasan a convertirse en argumentos que clausuran la discusión.



Transformar el paisaje es una responsabilidad mucho mayor que colocar objetos, plantar árboles o reorganizar circulaciones

¿Quién podría estar en contra de una ciudad más sostenible? ¿Quién podría estar en contra de una ciudad más inclusiva? ¿Quién podría estar en contra de mejorar el confort urbano?

La pregunta que me interesa es otra: ¿quién decide qué significan exactamente sostenibilidad, inclusión o bienestar? ¿Y qué estamos dispuestos a perder para conseguirlos?

BIENESTAR, CONFORT Y AQUELLO QUE NO SE MIDE

Una intervención puede mejorar objetivamente determinadas condiciones y, al mismo tiempo, deteriorar otras que son menos fáciles de medir.

Puede aumentar el confort y empobrecer la experiencia espacial. Puede mejorar la accesibilidad y hacer el entorno más controlado. Puede introducir vegetación y eliminar un paisaje cultural. Puede hacer una ciudad más atractiva y contribuir a su banalización. Puede hacerla más eficiente y menos humana.

El problema no es que estas ideas sean necesariamente falsas. Aparece cuando su legitimidad es tan grande que dejamos de preguntarnos qué producen realmente sobre la ciudad.

¿Por qué hemos aceptado que confort y bienestar sean prácticamente sinónimos?

Una ciudad puede ser perfectamente confortable y, al mismo tiempo, poco estimulante, alienante o profundamente desigual. Una plaza impecablemente pavimentada, accesible, climatizada mediante vegetación y llena de mobiliario puede cumplir todos los indicadores contemporáneos de calidad urbana y, sin embargo, no decir absolutamente nada del lugar en el que está.

Quizá estamos confundiendo las condiciones necesarias para vivir bien con la experiencia de vivir bien.

¿Qué ciudad estamos construyendo cuando convertimos el bienestar en una suma de prestaciones? ¿Qué queda fuera de los indicadores?

¿Qué ocurre con la sorpresa, la belleza, la apropiación, el sentido de pertenencia, las fronteras, la imprevisibilidad, la libertad, la autonomía, la fricción, la porosidad y la complejidad?

¿Qué ocurre con todo aquello que no se puede medir fácilmente pero que, precisamente, hace que un lugar sea un lugar y no simplemente un espacio correctamente resuelto?

EL CONFLICTO COMO CONDICIÓN URBANA

Quizá una de las cuestiones fundamentales del paisaje urbano no consista en conseguir que la ciudad funcione cada vez mejor como una máquina, sino en preguntarnos qué estamos haciendo con aquello que no queremos —o no sabemos— medir.

Una ciudad sin fricción puede perder capacidad crítica. Una ciudad que borra sus huellas puede dificultar la interpretación. Y una ciudad en la que todo está resuelto puede ser, paradójicamente, una ciudad en la que ya no queda demasiado que pensar.

El conflicto no es necesariamente un fallo del espacio urbano. Puede expresar la diversidad, abrir oportunidades de negociación y permitir que la ciudad siga siendo un lugar abierto, apropiable y políticamente vivo.

El paisaje no debería aspirar a eliminar todas las contradicciones, sino a hacerlas visibles y habitables

Por eso, el paisaje no debería aspirar a eliminar todas las contradicciones, sino a hacerlas visibles y habitables. Una ciudad verdaderamente contemporánea no será aquella que aplique de manera uniforme las mismas soluciones, sino aquella capaz de responder a problemas comunes sin renunciar a las condiciones que permiten reconocer, interpretar y transformar cada lugar.

Pero quizá todavía falte una pregunta más incómoda: ¿qué ocurre cuando una ciudad ya no necesita prohibir el conflicto porque ha aprendido a convertirlo en una imagen, en un indicador o en una experiencia cuidadosamente diseñada?

Tal vez el verdadero desafío no consista únicamente en defender las particularidades de cada sitio frente a lo genérico. Tal vez consista en reconocer qué formas de diferencia siguen siendo posibles cuando incluso la crítica puede convertirse en un producto urbano más.

Ahí empieza, quizá, otra discusión: la de una ciudad que no solo transforma sus paisajes, sino también las maneras en que aprendemos a mirar, a habitar y a imaginar lo que todavía no existe.

Solo el conocimiento profundo de la ciudad, puede ayudarnos a comprender lo que somos y poder significarnos como colectivo.

Lo más interesante que tiene el paisaje, es que nos interpela.●

Puede hacer una ciudad más atractiva y contribuir a su banalización. Puede hacerla más eficiente y menos humana